

Oyóse una gritería terrible.

Los estudiantes llevaban en peso un piano de cola y colocándolo en el barandal del balcón, lo empujaron a toda fuerza, y el piano cayó haciendo un horrible estruendo.

— ¡Al fuego! ¡Al fuego!— gritaron, y el piano pasó a la hoguera, que ya era un incendio.

Después vinieron abajo todos los muebles y las vajillas, cuyo sonido argentino se oía entre las piedras, de donde salían chispas al quebrarse la porcelana.

Por último, las alfombras fueron arrancadas y flotaban en harapos prendidos de los barandales.

Ya nada quedaba de aquella suntuosa casa.

Si; quedaban los carruajes.

Los estudiantes les prendieron fuego y comenzaron a pasearlos por las calles sin temor a las llamas.

Los caballos escaparon de las caballerizas y corrían al son de los silbidos, más furiosos que los del Apocalipsis.

Siguió la turba a la calle Real, casa habitación del ministro de Justicia.

— ¡Este viejo maldito, nos ha puesto dos años más de estudio!— gritaba Manuel.

— ¡Al diablo con el ministro!— respondían los estudiantes.

El ministro, más cauto que sus compañeros, había vaciado la casa; esto enfureció a los estudiantes, que volvieron a la plaza a insultar a las guardias.

Los soldados hicieron fuego; pero el general Díaz de la Vega mandó cerrar las puertas del palacio, y sólo así pudo contener el empuje del pueblo amotinado.

Frente a la casa del ministro de Justicia, también hubo otro lance entre los soldados del Activo de León y el pueblo.

Los soldados tuvieron que retirarse a sus cuarteles.

Toda la noche se pasó en la orgía del desorden, apedreando los edificios donde habitaban los personajes más prominentes de la dictadura.

Los estudiantes traían puestos los mantos azules y bordados de oro de los Caballeros de Guadalupe, lo que provocaba la rechifla popular.

Entró en calma aquel mar alborotado.

Los gritos se oían por intervalos.

El silencio se iba recobrando lentamente.

Se oían, a lo lejos, los ritmos melancólicos de la flauta de aquel ciego que vagaba entre todas las sombras.

VI

Todavía ayer atravesaba el dictador en su carroza dorada, con sus cuatro frisiones que herían el suelo con sus herraduras de plata, entre aquella multitud que lo contemplaba llena de espanto.

Sus húsares en tropel tras de la carroza, con los sables

relucientes, sus dormanes flotando, prendidos al hombro, y montados en caballos fogosos, cubiertos de espuma, escoltando a aquel hombre que decidía soberano de los destinos de México.

Sus cuerpos de la guardia, elegantes y disciplinados, paseando sus banderas frente al palacio, al son de los múltiples tambores y clarines.

El lujoso ejército con todo el orgullo irritante de la dictadura.

Las músicas roncadas de la caballería que se arrojaban como los genizaros sobre las masas populares, y el dictador preguntando a sus próceres y cortesanos: «¿Qué dice México de mis granaderos?»

Y todavía el recuerdo de los grandes saraos, donde lucían los diamantes de las damas, como luceros de las constelaciones.

Y aquella corte de generales llenos de condecoraciones, de diplomáticos bordados, de dignatarios, todos obedientes a una mirada, todos plegados a una sonrisa.

Y el influjo de aquel hombre en todo el territorio, temblando todos al oír su nombre, palpitando al esperar sus órdenes y arrodillados frente a su retrato y descubiertos en presencia de su efigie.

¡Y los hombres dignos, en el fondo de los calabozos o en el destierro!

¡Y todo aquel aparato deslumbrante y toda aquella grandeza convertida en cenizas esparcidas por el viento y arrojadas al olvido, en una sola hora, en un solo instante!

¡Sueños eternos de poderío y de grandeza, llevados al patíbulo de la deshonra!

¡Sangre vertida en los patibulos y en los campos de batalla para escribir la historia!

¡No quedaba como resto de aquel cuadro de óptica, más que las estatuas despedazadas y el anatema de un pueblo, que recogía de aquel mar de infortunios y desdichas, los nuevos gérmenes de sus libertades!

El incendio cundió en todas las ciudades y pueblos de la República, los mandarines huyeron espantados y la nación quedó toda envuelta en las oscuras sombras de la revolución.

Así cayó en los abismos de la historia la más terrible de las dictaduras.

CAPITULO II

AMORIOS Y CALAVERADAS

I

El señor Sebastián de Rentería era nativo de Santander, hombre honradísimo y de pocos alcances.

Había venido a México a bordo de un buque de vela, que había hecho la travesía en tres meses, trayendo un gran número de jóvenes emigrados, que soñaban encontrar un gran número de tesoros en América.

A su llegada a la capital se habían hospedado juntos, y allí concurrieron los españoles ricos a «escoger» dependientes.

Don Luis Robalo, rico propietario, con fincas de campo en la cañada de Cuernavaca, entre otros muchos, escogió a Rentería.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó al joven, que apenas tendría trece años.

—Pues no lo sé precisamente—respondió el niño—. En la casa me llamaban «Tián», y en el buque me pusieron «Sebastián».

—¿Y tienes madre?

—Al parecer, no, porque hace mucho tiempo está enterrada en el pueblo.

—¿Y padre?

—Ya es difunto; murió tres años antes de que yo naciera.

El señor Robalo se sonrió.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso sí que no lo sé, porque no asistí a mi nacimiento; la tía Marciala lo sabrá.

—Pues a casa, y mañana a la hacienda.

El señor Robalo se enteró de que Sebastián era huérfano, que sabía leer y escribir sin ortografía; pero que era un buen muchacho y muy trabajador.

Sebastián Rentería estuvo ocho años en la tienda de la finca, donde hizo sus ahorros, y pasó a México a ejercer la correduría.

Reunió un capital a fuerza de privaciones, vivía en un cuarto bajo, y dormía en un mal colchón de paja, tirado en el suelo.

Una señora le daba de comer por tres pesos al mes. La señora tenía que ver algo con un mozo de fonda y le presentaba a Rentería platos inconcebibles.

El joven se encontraba con trozos de ternera, frijoles, rábanos, ostiones, papas, pedazos de jaletina, etc., todo lo cual entraba a su estómago sin observación.

Se vestía en la «ropa hecha», en que por seis pesos le daban un traje entero, zapatos de charol, sombrero de fieltro, calcetines y un puro de Hujmanguillo.

Rentería hizo un capital.

Vivía en los altos de la casa un coronel español, del ejército realista, que había combatido contra la independencia en los tiempos de Apodaca, y que por medios que nadie conocía le daban una pensión.

El coronel se llamaba Emeterio Pantoja.

Era viudo y tenía una hija voluntariosa y llena de caprichos y de una educación de coronel retirado.

Toribia, que así se llamaba la niña, tenía la frescura de los quince años, alegre y vivaracha.

Rentería se apasionó de la jovencuela y comenzaron los escándalos por imprudencias de Toribia.

Enteróse el coronel Pantoja, sacó la espada y le dió de cintarazos a su hija.

En seguida bajó en busca de Sebastián, pero éste había puesto pies en polvorosa.

—¡Por vida del Virrey! ¡Que lo he de pinchar como a un conejo!—gritaba el coronel.

¡Noviecitos conmigo! Pues yo no me ando con chicas, eso sería tocarle retreta al tambor mayor. Pero tengo una idea... los caso... sí, los caso, y si ese pergüetano se rehusa, le corto las orejas.

Tomó un papel y le puso dos renglones a Sebastián.

Al día siguiente se presentó el joven. La carta era una cita.

El coronel estaba de punta en blanco y con la espada al cinto, y un gran gorro con plumas.

Sebastián quedó confuso en presencia de aquella estantigua.

—Caballero—le dijo el coronel, sonando la espada—, siéntese usted y hablemos en paz, ¡con una legión de diablos!

Sebastián se sentó tímidamente.

—¡Siéntese usted bien!—le gritó Pantoja.

—Ya estoy—contestó Rentería.

—Usted tiene relaciones con mi hija; confíeselo usted en seguida, o le abro el cráneo en dos pedazos.

—Sí, señor; es cierto, ciertísimo—contestó asustado Sebastián.

—¿Y con qué licencia se ha dirigido usted a ella? Pronto, responda usted, y no me impaciente, porque le pego fuego a la casa.

—Señor, yo temía que usted se incomodara; pero siempre pensé en avisárselo.

—¡Toque usted esta mano; veo que conoce usted la ordenanza! ¡Toribia! ¡Toribia!

Se presentó la joven haciendo dengues.

—Siéntate, hija mía, y hablemos como corresponde a un hombre de mi grado.

—¿Qué cosa?—dijo la joven, con aire displicente.

—El señor Sebastián Rentería, español, paisano mío, solicita tu mano.

—Ya se la di desde hace tres meses.

—¡No me rompas la cabeza!—gritó el señor de Pantoja.

—Estoy diciendo la verdad—contestó Toribia.

—Pues bien, joven, yo le protejo; se casará con la coronela.

—Gracias, señor coronel—murmuró Rentería.

—Mañana será la presentación, y dentro de un mes el matrimonio.

—Estoy conforme—contestó Rentería.

—Y yo lo estoy más—exclamó el coronel—, porque esta muchacha es el demonio.

—Todo está arreglado—dijo el señor de Pantoja—. Ahora abraza usted a Toribia.

Como el joven se quedaba un instante perplejo, el coronel se levantó, y tomándole por el cuello, lo arrojó sobre su hija, que gritó: «¡Caracoles!»

Todo estaba hecho; al mes de la fecha, Sebastián Rentería pasó a ser yerno del coronel Pantoja.

II

Rentería era un buen hombre y se sintió feliz al lado de Toribia, y más aún cuando le dió por fruto de su unión unas gemelas.

El español se sintió loco de alegría. Aquellas niñas eran su encanto y su delicia.

Eva y Carolina crecieron como dos almendros, lozanas, puras y bellas.

Eva era morena y con la palidez de las maravillas de la tarde. Ojos negros, mirada dulce, melancólica, los labios frescos y rojos como las amapolas, cuerpo elegante, manos y pies pequeñísimos y la voz con un timbre dulcísimo.

Carolina era rubia, con el cabello de oro, los ojos azules como el cielo, la nariz correcta, la boca sonriente, la dentadura de perlas, y el cuerpo como el de su gemela.

Las mellizas se amaban tiernamente.

Rentería estaba orgulloso; las acariciaba, las sentaba en sus rodillas; cuando le besaban la frente, las lágrimas asomaban a los ojos de aquel hombre.

La señora no las amaba menos, y se ponía furiosa cuando alguien se atrevía a verlas.

Rentería estaba rico y las jóvenes vestían con extremada elegancia.

Doña Toribia se había descompuesto con la edad. La nariz se le había transformado en ganzúa, los ojos se le habían inflamado, no tenía segura la mandíbula inferior, por falta de dentadura, de la cual conservaba, como recuerdo histórico, dos colmillos como defensas de elefante.

La señora de Rentería tenía la bilis más derramada del universo, haciendo de su esposo y sus gemelas tres víctimas inocentes.

En mala hora se apercibió de que dos estudiantes les hacían la corte a las niñas.

Gruñía tras de los balcones, no oía la misa con atención y lanzaba miradas terribles sobre las aceras de la calle, y si tropezaba con los estudiantes, los anonadaba.

Una noche, en el teatro, dejó caer los gemelos y le rompió la cabeza a un señor calvo.

El señor Rentería pagó los daños y perjuicios.

—¡Pero qué les ven mis hijas a estos granujas!—gritaba la señora Pantoja—¡Son unos mendigos, haraposos y despilfarrados, que no sirven ni para el pescante!

La noche del baile de los Caballeros de Guadalupe, dado por el conde de la Cortina y Castro, los estudiantes estuvieron en la plaza, fijos en los balcones del palacio, figurándose que percibían a las jóvenes, entre los resplandores vívidos que salían por los cristales.

Mientras ellas resbalaban sus pies en las alfombras salpicadas de lentejuelas, que saltaban como las luciérnagas de la noche, al son de aquella magnífica orquesta, ellos, pobres, humildes, sin un abrigo con que escapar al viento helado del invierno y azotados por ese ambiente penetrante del amanecer, esperaban la salida del carruaje en que iban aquellas mujeres a quienes tanto amaban.

Pero la pobreza es alegre en la juventud, los estudiantes cenaron en esas fondas al aire libre que se sitúan en los portales en las noches de fiesta y entregados a sus soñadoras esperanzas, llamaban al porvenir desde el fondo de su miseria.

No pensaban en herencias, sino en su profesión, alentada por el triunfo de la política.

—Somos jóvenes—se decían—y esta situación acaba cuando menos con la muerte del déspota, si no concluye por la fuerza de las armas.

Tenemos valor, arriesgamos la vida, y, si morimos, poco importa.

El carruaje del señor de Rentería salió del palacio al trote de los frisonos. Las jóvenes distinguieron a los estudiantes y una lágrima furtiva asomó a sus párpados.

Ellas, en medio de aquella estruendosa fiesta, entre soldados llenos de cruces y entorchados, caballeros llenos de cruces y con sus mantos azules bordados de oro, diplomáticos de gran nombre, y la juventud elegante con sus fracs negros y corbatas sujetas con brillantes, todos disputándose bailar con ellas y aprisionando su cintura y diciéndoles amores; mientras que sus novios envueltos en la sombra de la noche, venían a mendigar una mirada tras los cristales del carruaje.

Esto hacía más romancesco aquel cariño y daba más vuelo a la fantasía.

Apercibióse la señora de la presencia de los estudiantes y dijo con desdén:

—¿Qué harán por aquí estas gentes? A estas horas sólo los perros y los perdidos andan por la calle.

—Es que nosotros también estamos en la calle—dijo Carolina.

—Tú te callas, si no quieres salir por la portezuela.

El señor Rentería se puso furioso; no le agradaba que le riñeran a sus gemelas, y entre dientes murmuró:

—Yo tengo dinero.

III

Todavía estamos en la noche del 13 de agosto.

El señor Rentería y las señoras estaban tras las vidrieras y con la luz apagada, viendo el desorden que reinaba por aquella avenida.

—¡Dios mío!—dijo la señora de Rentería—Allí traen tres coches ardiendo; ¡esa gente parece una turba de demonios! Efectivamente, desfilaban, tirados por los estudiantes, los carruajes de los ministros.

Pasaron frente a los balcones de la casa, y la familia percibió a los novios en primera fila.

—Allí, allí—gritó doña Toribia—; allí van esos malditos atrevidos; incendiar los coches de personas tan decentes; ya quisieran ser la mula de S. A. S.

Se oían los silbidos y las carcajadas del motín.

Sonó el timbre en aquel momento.

—¿Quién será?—se preguntaron todos.

Entró un criado y presentó una tarjeta.

Leyó el señor Rentería la tarjeta, y dijo al criado:

—Que pase ese señor.

A pocos momentos se presentó un joven como de treinta años, envuelto en su kábila militar.

Descubrióse y dejó ver su rostro enteramente pálido. La mirada era torva, su barba estaba desaliñada, así como su cabello.

—¡Hola, señor coronel Altúnez! ¿Usted a estas horas por acá?—dijo el señor Rentería—Pase usted.

—Señora, caballero—dijo el coronel—, ésta es una casa amiga y vengo a pedir hospitalidad; se me busca para asesinarme; ya usted sabe que hice la campaña del Sur con el general Santa Ana, que nos ha abandonado; tuve que ser inexorable con el enemigo y me amenazan con represalias.

—Caballero, no invoca usted en vano esa hospitalidad; queda usted bajo la salvaguardia mía; está usted en su casa seguro.

—Señor de Rentería—respondió el coronel—, no es miedo lo que me sobrecoge; temo el frenesí de ese pueblo, que no me daría la muerte de un soldado, me arrastraría por las calles haciéndome pedazos entre la jácara y el escándalo.

—Tiene usted razón, coronel—dijo la señora—. Esa gente es capaz de todo, de todo; acabo de conocer entre esa turba de asesinos a dos canallas, que no temen ni a Dios ni al diablo; pero aquí está usted seguro.

El coronel era apuesto, pero nada simpático, se le veía un mal semblante y la mirada era un relámpago del infierno.

Aquel hombre estaba furioso y rugía de impotencia y desesperación.

—Yo no he entrado en transacciones—dijo el coronel—. Mis compañeros se han puesto del lado de la revolución; se han

pronunciado y yo no entro en motines; sufro las consecuencias.

—Así soy yo—dijo con énfasis la señora—: no transijo por nada del mundo.

El coronel se sonrió ligeramente.

—Niñas—dijo la señora—, que no se entere nadie de la presencia del señor; que se le disponga la pieza de la azotea: en todo caso, tiene por donde huir.

Salieron Eva y Carolina riéndose del valiente, y diciendo:

—Ese coronel va a ladrar toda la noche en la azotea.

El señor Rentería asistió correctamente al coronel, le dejó instalado y se retiró.

—Ya tenemos un proscrito en casa—dijo con orgullo la señora—; si lo descubren, tú te irás a San Juan de Ulúa.

—Eso es lo que temo, pero no importa; yo no puedo cerrar mi casa a un perseguido.

—Bien, bien, ya entramos en mi elemento: ¡la política, la política, aunque acabe yo como María Antonieta, y tú como Carlos I!

—Está loca esta mujer—murmuró Rentería, y se retiró a su habitación.

IV

El viento lejano apenas arrastraba los últimos ecos de la revolución.

La casa estaba en silencio.

Abrióse pausadamente la vidriera del balcón y se deslizaron las gemelas, haciendo señas con sus blancos pañuelos.

Dos hombres que estaban como incrustados en un zaguán del frente, pasaron la bocacalle y se pusieron bajo el balcón.

—¿Eres tú, Manuel?—preguntó Eva.

—Sí, yo soy, vida mía.

—Aquí estoy—dijo Mario, que era el amigo inseparable de Manuel.

—Bendito sea Dios—exclamó Carolina—; nos han dado una noche horrible.

—Una noche de gloria—contestó Manuel—. Ya triunfamos, ya somos ricos, ya lo tenemos todo. Hemos pasado por aquí precisamente para mostrarles nuestra alta política.

—Sí; tirando de un coche—dijo Carolina.

—Pero ardiendo—contestó Mario—; eso quiere decir, que entre el fuego ha acabado la tiranía; aquellos caballeros de Guadalupe, que bailaron con ustedes en el palacio, ya están bailando de cabeza.

—Pero, ¿están locos?—dijo Eva.

—Sí, de gusto—contestó Manuel—; pronto me recibo de abogado, y éste de médico; y entonces en el acto nos casamos y vivimos enteramente felices, porque yo te amo, tú me amas,

éste ama a Carolina, Carolina le ama, y todo es amor, dicha y ventura.

— Les vamos a revelar un secreto — dijo Carolina.

— Pero, hermana...

— Al fin, son reservados.

— Sí, reservadísimos — dijo Mario.

— Con razón dicen — observó Eva — que cuando se quiere publicar algo, que le encarguen un secreto a una mujer.

— Ya te escucho — dijo Mario.

— Pues tenemos a un «escondido».

— ¡Caracoles! — exclamó Manuel — Debe ser pájaro de cuenta.

— Es el coronel Altúnez.

— ¡Bandido! — exclamó Manuel — Ese es el miserable que fusiló niños en Tizayuca, a las órdenes del asesino Tavera.

— El mismo — dijo Mario — que en el Sur se bañó en la sangre de los indefensos.

— Por Dios — dijo Eva —; no vayan a cometer una imprudencia.

— No — respondió Manuel —; ya tengo una idea, una gran idea, ya tengo entrada a tu casa.

— ¿Qué dice este hombre? — preguntó Carolina.

— Nada, nada. Mañana estamos aquí a las diez, en pleno sol, a la luz del día; verás qué golpe teatral vamos a dar.

— Una nueva locura.

— Ya comenzamos a dominar la situación; ya verás qué gran papel me reservo. ¿Y dónde está ese coronel?

— No tengas celos; está en la azotea.

— Mejor; de allí puede emprender el vuelo para la calle.

— ¡Jesús! — exclamaron las gemelas.

— No teman nada: es una tragedia sin desenlace; pero ya son las cuatro y hace un viento helado, no vayan a enfermarse; nos vamos, adiós.

— Carolina, ¿me amas? — dijo Mario.

— ¡Con el alma! — respondió la joven.

— Y tú, Eva, ¿me quieres? — dijo Manuel.

— Con el corazón y la vida — respondió Eva con entusiasmo.

— Adiós.

— Adiós.

V

Al día siguiente, como lo habían anunciado los estudiantes, se presentaron en la casa del señor Rentería.

— ¿El señor de la casa?

El señor Rentería salió pálido e hizo entrar a Manuel y a Mario.

— ¿Qué se ofrece, caballeros?

— Tenemos un penoso deber que cumplir y usted nos va a excusar.

— Estoy a las órdenes de ustedes.

Las gemelas espiaban tras de las cortinas de la recámara y estaban temblando.

— Pues decíamos — observó Manuel — que usted es un hombre honrado y a carta cabal, un corazón generoso y hospitalario; en fin, un hombre en toda la extensión de la palabra.

— Gracias, caballero.

— Hago justicia y nada más; pero el deber de ambos tiene que realizarse... Usted ve las exigencias de la situación, las satisfacciones que se deben a la justicia, las reivindicaciones populares y la venganza del derecho.

El señor de Rentería estaba temblando; comprendía que todo estaba perdido.

Abrióse la puerta con estruendo, y entró como Lucrecia Borgia, en escena, la señora Pantoja.

Midió con la vista a los estudiantes y ardiendo en rabia gritó:

— ¿Qué buscan aquí estos sinvergüenzas? Después de haber saqueado ayer la ciudad como unos bandidos, se atreverán con las ínfulas de vencedores a venir a pedirnos a mis hijas. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

— ¡Toribial! — gritó el señor de Rentería.

Manuel se adelantó cortésmente a la señora, y le dijo:

— Señora, no hemos venido a pretender lo que nunca pudiéramos alcanzar. Nos ha traído un asunto profundamente desagradable. La policía tiene rodeada la casa, venimos por un militar que está aquí, a quien demanda la justicia.

La señora Pantoja dió tres pasos atrás.

— Señores — dijo el español —, ustedes pueden hacer lo que gusten; pero yo como caballero y como hombre humano, no puedo entregarlo; no me obliguen a una mala acción.

— Es usted una alma generosa — exclamó Manuel, con una expresión dramática.

La señora que quería ser María Antonieta, tenía un susto terrible.

— Pues bien — dijo Manuel —; nadie sabrá que está aquí el coronel; no sólo no me lo llevo, sino que yo lo tomo bajo mi cuidado, lo mismo que esta casa, porque van a seguirse trastornos espantosos.

— Caballeros — murmuró el español.

Lanzóse en medio de la pieza el coronel lleno de ira y demudado.

Las gemelas entraron asustadas.

Encaróse el coronel con los estudiantes, y gritó:

— ¡Nada quiero de los bandidos!

— Nos pone usted en mal trance — respondió Manuel, intensamente pálido.

— ¿Y qué me importa? ¡He vencido a ustedes en el campo de batalla, y aquí los desprecio y los escupo!

Manuel, que era un Hércules, se lanzó como el rayo sobre el coronel, y tomándolo por el cuello, lo azotó contra el suelo como a un muñeco.

El coronel intentó levantarse, entonces Manuel le asestó un puñetazo en la cabeza y el hombre cayó otra vez, desfallecido.

—Lo has matado—dijo Mario.

—Mejor—contestó Manuel.

La señora se interpuso.

—Caballero—dijo tomando del brazo a Manuel—, está usted en lo justo; venga usted por acá adentro.

Y lo llevó a la recámara, mientras el español socorría al coronel que aun no volvía en sí del porrazo.

Mario seguía a Manuel, pero la señora Pantoja que no olvidaba su carácter, le detuvo, diciéndole:

—Usted puede marcharse por donde ha venido; el señor se quedará en casa.

Mario se quedó estupefacto y después bajó pausadamente y se detuvo en la escalera, pensando que su amigo había realizado con toda felicidad su pensamiento.

Las gemelas se reían mucho al ver la osadía del estudiante y el fiasco de Mario.

El coronel se repuso un tanto y todo desquebrajado subió a la azotea en compañía del español, que apenas podía sostenerlo.

VI

Manuel estaba descompuesto, la injuria lanzada en presencia de su novia lo tenía furioso.

—Niñas—dijo la Pantoja—, un vaso de agua para el señor.

—No se molesten, señoritas, estoy perfectamente, y sólo me falta esperar al señor Rentería, para dar a todos una satisfacción por la violencia que acabo de cometer y de la que estoy arrepentido. La injuria fué tan grande, la ingratitud con ustedes, que son tan buenos, tan generosos, y que hasta se han comprometido por servirlo, y esto fué lo que más me indignó, me impulsaron a refrenar tanta osadía. He visto a la señora pálida de emoción por la suerte del coronel. ¡Ah, cuánto heroísmo hay en esa alma! ¡Cuánta bondad!... Crea usted, señora, que delante de usted se debe estar de rodillas.

—¡Ah, bribón!—dijo Eva para sus adentros.

—Caballero—dijo muy satisfecha doña Toribia—, usted exagera.

—No, no exagero; pero viene de raza: el señor coronel Pantoja fué un bravo militar, perdonó a sus enemigos y hasta les hizo la merced de recibir una pensión, lo que fué un rasgo de generosidad; yo lo conocí... y... es necesario decir la verdad entera... fué mi protector... ¡Cuántas veces en mi vida de estudiante, era yo muy niño y no tenía un pedazo de pan, y él... con ese carácter dulce por dentro y agrio por fuera, me dió... sí, señora, no me da vergüenza..., una limosna!

Fingió que se limpiaba una lágrima.

El demonio del estudiante había conocido al coronel Pantoja

que vivía en la misma vecindad. Manuel era un muchacho que, cuando entraba el coronel, le arrojaba troncos de col y pedazos de rábano.

El coronel alguna vez lo había alcanzado con su garrote: era la grande amistad con el padre de doña Toribia. El coronel había durado muchos años, apenas hacía cuatro que había muerto.

La señora Pantoja se enterneció.

—Caballero—le dijo—, si usted me hace la promesa de no dirigirse a ninguna de mis hijas, puede usted venir a la casa.

—Se ha humanizado la fiera—pensó el estudiante.

Eva estaba resplandeciente de gusto, y admirando a Manuel, que era todo un actor.

—Señora—dijo Manuel levantándose—, ni una palabra, ni una mirada, ni acción ninguna; porque yo, señora, pobre, sin fortuna, nací, antes que todo, caballero.

La señora Pantoja tendió la mano al estudiante, que éste besó respetuosamente.

Seguramente la señora Pantoja hacía muchos años que no sentía el roce de unos labios, porque sonrió con coquetería, sacando a relucir sus dos únicos colmillos, como dos monumentos de arqueología juvenil.

Pero la Pantoja se repuso, y dijo a Manuel:

—Amigos para siempre; pero al otro mequetrefe ni a cincuenta leguas; notifíquesele usted.

—Señora—contestó Manuel en un tono trágico—, Mario es un gran corazón, una criatura, el que ayudará a velar por ustedes; es capaz de dejar aquí la existencia, antes de consentir un desafuero; usted no lo conoce: en tratándose de usted, daría cien veces la vida, y más que dentro de unos días llegan los «pintos».

—¡Los «pintos»!—exclamó la señora—¡Pero eso es espantoso!

—Señora, ellos son los victoriosos, y no tiene remedio.

—Pero supongo que los acuartelarán en los pueblos inmediatos a la capital.

—No; será en palacio; no se despegan del «tío Juan», como le llaman al general Alvarez.

—¡Qué espectáculo, caballero, qué espectáculo, y con sus machetes!... ¡Van a creer que están en las montañas y las señoras estaremos en peligro inminente!

—Efectivamente—contestó Manuel—; he aquí por lo que necesito a Mario, porque usted sabe lo que es la policía; no se puede interesar como nosotros; y más, que esos «pintos» son feroces; ya ve usted cómo acabaron con el ejército de Santa Ana.

—De S. A. S., si usted gusta, caballero.

—Eso es, eso es, de S. A. S., quiero decir, señora.

—Y desde ahora les advierto a ustedes, porque ese joven puede venir con usted, nunca solo, que yo hablaré libre-

mente lo que me parezca, y sin contradicción, porque eso no lo tolero.

—Seremos sordomudos, señora.

Las gemelas querían darle un estrecho abrazo, porque había ganado dos batallas en una sola hora.

—Señora—dijo Manuel—, me va usted a permitir que me retire. Nadie sabrá la desagradable escena que ha tenido lugar; si nos ve usted rondar la calle, sepa usted que hacemos la guardia y nada más. Vendremos por la noche y tarde; porque todas las personas que visitan la casa, son nuestras enemigas y usted no querrá que nos vean.

—Es verdad, joven; usted tiene una prudencia que lo recomienda.

—Yo le traeré a usted todos los días las noticias exactas de lo que pase.

—Sí, quiero estar al tanto de todo, de todo.

Manuel se despidió de la familia Rentería y salió loco de contento en busca de su amigo, que ya le esperaba con impaciencia.

CAPITULO III

BENITO JUAREZ

I

Luego que el general Díaz de la Vega, que había quedado en el Gobierno interino, se repuso de la sorpresa del primer momento, reunió a todos los jefes de la guarnición y otras personas de importancia tratando de apoderarse de la situación, aceptando el plan revolucionario y quedando dueños del país.

Era éste un sueño fantástico; la revolución venía arrollándolo todo y los caudillos se dirigían a la capital, después de haber dejado instaladas las autoridades liberales en todos los Estados.

El general presidió la junta. El gran estadista Francisco Zarco, que ha dejado su nombre en la tribuna y en el periodismo, fué en mala hora convocado a la reunión.

Zarco, con esa sangre fría que le caracterizaba, protestó contra aquella farsa, le dijo de nulidad a todos sus actos y declaró que la revolución no aceptaba la elección que iba a verificarse, de Presidente de la República, y menos si recaía en un «santanista», que se separaba de ahí, para ir a esperar al caudillo vencedor, que era el que debía ocupar la presidencia, mientras el pueblo hacía la elección definitiva.

Fríos se quedaron los soldados con aquella filípica, pero insistieron en la elección y nombraron al general Martín Carrera.

Entre tanto, el general Alvarez, que había pasado con su ejército entre miles de arcos de flores levantados en todas las poblaciones surianas, entró victorioso en la ciudad histórica de Cuernavaca.

El general Juan Alvarez se había distinguido en la guerra de la Independencia, había sido un gran soldado y era el Patriarca del Sur. Las montañas del Sur, han sido y siguen siendo, la patria de la libertad.

En los momentos de esta revolución el general Alvarez era un anciano octogenario.

Bajo de estatura, vivos sus ojos un tanto velados por la edad, cubría su cabeza con una montera de seda negra, que contrastaba con sus mechones blancos que colgaban por su cuello. Llevaba una capa española azul, porque acostumbrado al fuego de las costas sentía un hielo en la Mesa Central.

Sus soldados le adoraban y tenían con él la osadía del hijo con el padre.

En aquel palacio no había guardias ni consigna, todos entraban y salían, y hablaban con él a todas horas.

Todos le miraban como a un niño, era un verdadero demócrata, sin orgullo, sin pretensiones y sin más aspiraciones que el bien de la patria; sí, todo por la patria.

Se le creía rudo y tenía una gran capacidad política y una percepción admirable.

Nombró desde luego a su ministerio:

Al general Comonfort, patriota, osado, valiente hasta la temeridad y de gran talento; era uno de los héroes de la revolución triunfante.

A Guillermo Prieto, el gran poeta, el espíritu levantado de aquel movimiento, el cancionero del pueblo, sobre cuyo cadáver salpica hoy el llanto de esta tierra.

A Melchor Ocampo, filósofo, gran pensador, político, progresista, de grandes ideas. No supieron sus asesinos lo que encerraba aquel molde roto por las balas, en aquella traición indigna contra la que protesta la historia.

Por último, a... Séanos permitido referir una anécdota de ese hombre a quien acababa de nombrar ministro de Justicia el general Alvarez.

Se encontraba el viejo caudillo en su hacienda de la Providencia al comenzar de esa gran revolución proclamada en Ayutla. Había un gran movimiento, la Costa Chica y la Costa Grande estaban levantadas y la revolución cundía por varios puntos de la República.

Era activísima la correspondencia y en la secretaría del caudillo se trabajaba día y noche.

Una tarde llegó un viajero a la hacienda, bajó de su cabalgadura y preguntó por el general Alvarez.

El general le recibió inmediatamente.

—Señor—le dijo el recién llegado—, vengo a prestar mis pobres servicios a la causa de la libertad.

—Bien—contestó Alvarez—. ¿Es usted soldado?

—No, señor; pero lo seré.

Alvarez se fijó entonces en aquel hombre, bajo de cuerpo, moreno, con los ojos pequeños y chispeantes, alta la frente,